

Finalmente, hay que mencionar la pervivencia de ciertas normas sociales que rebasan también las fronteras de los diferentes estratos y que afectan la vida cotidiana en las ciudades: la inclinación a sobreestimar las apariencias en detrimento del ser y la dicotomía entre el nivel verbal y el real. De acuerdo a viejos cánones hispánicos, no explicitados teóricamente, pero de total validez en la praxis, el valor de una persona o un grupo no reside en sus cualidades intrínsecas, sino en sus manifestaciones externas y, sobre todo, en el dictamen de la opinión pública local. Un trabajo honrado pero silencioso es visto como inmensamente inferior al éxito público, pero de dudoso origen. Su fundamento no importa gran cosa, pues la mentalidad colectiva tiene mala memoria y se deja guiar por fenómenos superficiales tales como la moda del día, el renombre pasajero y la fortuna adquirida fugazmente. A esta concepción del éxito están dedicados igualmente los esfuerzos de los políticos. Tal exaltación de lo casual y exterior crea la atmósfera ideal para el desenvolvimiento de la hipocresía, la deslealtad y la ambición desmedida. La distancia entre lo que se dice y lo que se hace es el corolario lógico de esta moral deplorable que regula una gran parte de la actividad política. Muchas informaciones no transcurren por canales serios y verificables, sino por medio de la intriga y el rumor. Los criterios políticos se forman, hasta en las más altas esferas, en base a elementos muy ambiguos, empíricamente inseguros y éticamente reprobables.

Naturalmente que influencias modernas han ido conformando, asimismo, las pautas generales de comportamiento en los últimos tiempos. La modernización de las estructuras económicas y la incipiente industrialización del país han contribuido a introducir normas más racionales, menos emotivas y más cercanas a aquellas que rigen en las sociedades altamente avanzadas. Estos parámetros de comportamiento han florecido, sin embargo, casi exclusivamente en el campo profesional, en el mundo de los negocios y en la esfera de la producción urbano-industrial, pero no se han extendido al terreno de la política y al de los valores sociales prevaletentes⁹.

La modernización parcial de signo tecnicista-instrumentalista es totalmente congruente con represión política y sindical, con el fomento de un consumismo masivo y con el debilitamiento de una identidad individual autónoma y crítica. Estos factores han conducido, por otra parte, a rebajar aún más la estimación colectiva del trabajo honrado —que nunca fue demasiado alta en la tradición ibero-católica— y a enfatizar el alto valor de los enriquecimientos ilícitos. Este desarrollo ha llevado igualmente a diluir más aún la prevalencia de ciertos principios morales, como el respeto a la legalidad, el reconocimiento de los méritos intelectuales y artísticos, la consideración a las minorías, el carácter positivo de la honradez, la laboriosidad, la lealtad y la madurez cívica.

La oposición izquierdista ha persistido en sus cánones del inmediatismo y del

JAMES M. MALLOY: *Authoritarianism and Corporatism in Latin America: The Modal Pattern*, en: JAMES M. MALLOY (comp.), *Authoritarianism and Corporatism in Latin American*, Pittsburgh: Pittsburgh Univ. Press 1977, pág. 3 y sig.

⁹ SAMUEL P. HUNTINGTON / C. H. MOORE (comps.), *Authoritarian Politics in Modern Societies*, New York: Basic Books 1970 (acerca de la congruencia entre modernización económica y autoritarismo político).

activismo a ultranza, sin llegar a alcanzar una decisiva movilización social y sin formular un modelo coherente y realista de alternativa política. Ella también ha dado repetidas muestras de intolerancia, dogmatismo y poca comprensión por una democracia genuina. Su intento principal es el de suplantarse el régimen conservador de turno por el propio: la inmensa propaganda revolucionaria, las letanías marxistas y las imágenes del cambio social se revelan como el mero ornamento de una contra-élite ávida de alcanzar el poder. Los sucesos de los últimos decenios han demostrado que algunos de sus principales exponentes son los más fieles seguidores de las normas convencionales, fascinados como tales por el poder y sus privilegios. Con algunas y notables excepciones, la oposición de izquierda es esencialmente paternalista, suponiendo que posee la solución adecuada a los problemas nacionales y que es su obligación el imponer la línea «correcta» a las masas de sus seguidores y al país en su conjunto. Finalmente, la gran mayoría de los grupos de izquierda tiene tan poco respeto como la derecha por los procedimientos democráticos; el adversario político no es considerado como el representante válido de otros intereses sociales y de otras concepciones políticas, sino como el enemigo más o menos irreconciliable que encarna ideas perversas y una posición moralmente abyecta.

Fundamentalmente, sigue vigente la inmensa importancia de la gratificación pública y del prestigio otorgado por las apariencias en detrimento de valores intrínsecos. La concepción del deber y la estima por el trabajo honrado están totalmente subordinadas a los criterios del prestigio exterior, lo que se advierte de modo claro en la nada casual continuidad del oficio del «político»: los dirigentes no son estadistas que pasan las noches estudiando actas y datos y los días analizando el pro y el contra de las medidas a tomar y que llegan a ejercer funciones importantes después de una larga vida en beneficio de la comunidad, sino son sujetos ávidos de honores rápidos y prestigio fácil, que malgastan su tiempo en «reuniones» y que adquieren recién sus «méritos públicos» en el desempeño mediocre e irresponsable de los más altos cargos. La gratificación social se sigue derivando del usufructo del poder —y no del servicio en el gobierno—, perpetuando posiblemente en las altas esferas a una casta de gente con escasa formación profesional y moralidad ambigua, pero con desproporcionadas ambiciones.

Consiguientemente, el renombre y el atractivo del poder ejecutivo son mucho más grandes que los que irradia el parlamento. Los legisladores han tenido una opinión implícita no muy elevada del «primer poder del Estado»: lo han considerado como mero puente para cargos ministeriales o como una tribuna para acrecentar su reputación popular.

Esta herencia hispánica se refiere, evidentemente, al conjunto de normas de validez general que imperaron en España hasta mediados del siglo XIX. En los últimos decenios de ese siglo se inició un importante proceso de modernización y occidentalización, el cual, pese a enormes dificultades y retrocesos ha transformado a España en una sociedad industrializada, comparable a los otros países del mundo metropolitano y occidental. Paradójicamente, es en tierras del Nuevo Mundo donde han pervivido las cánones, las costumbres y los efectos del legado de la España premoderna. Es aquí donde el funcionario estatal, astuto y sin escrúpulos, ha

cosechado más honores y ventajas materiales que el empresario innovador y perseverante y donde aquel rol ha irradiado una atracción muy notable en casi todas las tendencias del espectro político y los estratos sociales.

H. F. C. MANSILLA

Casilla 2049

LA PAZ (Bolivia)

De memoria: Carlos Velo

I

Como dijo alguna vez —y como lo hiciera tanta gente en este siglo de exilios y peregrinaciones—, dos veces empezó su vida y dos veces —a un lado y al otro del océano—, de la misma manera: trabajando en el silencioso laboratorio del científico y pensando con las bulliciosas imágenes del cine. Carlos Velo nació en 1905 en Galicia, fue testigo y protagonista de los años de la República y de la Guerra Civil, de la ciencia y el cine, del exilio y de la diáspora. Considerado hoy como el padre del cine documental español, Carlos Velo repasa desde su despacho en el Conacyt, en la Ciudad Universitaria de Méjico, sus años de cineasta y de biólogo. Está pendiente de una cámara de vídeo que han instalado en la azotea del edificio. Se acerca a la ventana y señala el horizonte próximo de la ciudad: una compacta espuma ocre, que reposa sobre los inciertos vértices de los edificios. «Le llamamos la crema, como la crema catalana, algunas veces es aún más amarilla que ahora. La filmamos continuamente para ver cómo evoluciona la contaminación durante el día.» Es amable, apacible, tira de sus recuerdos y le divierte comprobar que su memoria, como una infatigable dama de compañía, le obsequia con detalles nuevos, con imágenes escondidas, con relámpagos de luz en un territorio de tenue claridad. «La mayoría de las películas que rodé en España se perdieron». Pero no te olvides de poner que la copia de *Felipe II y El Escorial*, que tiene la Filmoteca Española, es la que adulteraron los falangistas. Le pusieron otra banda sonora ¡a las mismas imágenes! Quisiera encontrar algún día la banda original y dársela a la Filmoteca..., es increíble lo que la manipulación puede hacer con unas mismas imágenes... Pero vamos a empezar por el principio...»

«El ambiente social de aquella época era el del cambio de la Monarquía a la República. La dictadura de Primo de Rivera, ¡una dictadura que ahora nos parece benevolísima, simpatiquísima!, donde Primo de Rivera discutía con Valle Inclán, al que llamaba “extravagante ciudadano” y Valle Inclán se refería a una amante de Primo de Rivera a la que llamaban “La Caoba” y todo eso se cruzaba en los periódicos con las caricaturas de Bagaría, que escondía un mensaje en cada uno de sus trabajos.

Era el ambiente del café de La Granja, que estaba en la calle de Alcalá; allí nos reuníamos y escuchábamos en las tertulias a Unamuno y a Valle Inclán y allí fraguamos los planes del cineclub de la FUE (Federación Universitaria Escolar). Yo participé como Comisario General de todas las FUE de España. En el cineclub participaba Fernando G. Mantilla. El fue quien me enseñó cómo conseguir los medios para producir, cómo trabajar y con qué herramientas dirigir cine de cortometraje. Con Mantilla viajamos a Francia, comisionados por la FUE y allí encontramos los documentales de Jean Painlevé, que influyeron decisivamente en mi trabajo. El cineclub era casi un centro de conspiración: había intervención de la policía para que no pasáramos *El Acorazado Potemkin*. Pero encontramos un subterfugio para pasar las películas donde está hoy el Palacio de la Prensa: realizábamos las proyecciones en el primer piso y no a nivel de la acera, lo cual impedía a la policía entrar, ya que para eso necesitaba un mandato especial. Allí Buñuel estrenó *La Edad de Oro*. Estoy viendo a Buñuel con el sombrero de la época, un abrigo muy grande y dentro de él traía los rollos de la película. Traíamos los filmes rusos prohibidos por la Dirección de Seguridad. Siempre estaba lleno, la gente se sentaba en el suelo. Con la República hicimos un cineclub más grande; también cambió el tipo de películas: allí intervino Federico García Lorca.»

La Guerra Civil lo sorprende en zona nacional. Se escapa a Galicia, a casa de sus padres. Allí lo buscan para fusilarlo. Lo salva un amigo de la familia. Se cambia el nombre y atraviesa España en un tren militar, disfrazado de capitán. Llega a Sevilla con su mujer, con quien se esconde en casa de un tío de ésta. Nadie le conoce. Al poco tiempo entra en la ciudad la Legión Cóndor alemana. Es una compañía antigás. Caminando por el barrio de Santa Cruz se encuentra a un soldado nazi que le dice: «¡Carlos Velo!» «Yo pensé: esto es el final». «Soy tu profesor de alemán. Estoy escondido en la Legión Cóndor. Vente, vamos a hablar. Te están buscando.» Le propone hacer unos estudios sobre una mascarilla para filtrar los gases del carbón de aceituna. «Me dije: mejor, métete en esto, que estarás protegido.» Pertenece a la Legión Cóndor, viste de civil y lleva en la solapa la «Z», insignia de la compañía antigás.

«En los medios intelectuales, el cine era todavía muy discutido. Sin embargo, ciertos escritores como Azorín y Giménez Caballero defendían los valores del cine. Quien realmente le dio categoría al cine fue el valenciano Juan Piqueras, que creó una revista extraordinaria: *Nuestro Cine*. La hacía y la distribuía desde París, en español. La revista dio cohesión a los aficionados al cine, que eran, sobre todo, jóvenes universitarios. Los cineclubes empezaron a funcionar también por la mañana, en cines industriales. Hacíamos presentaciones con personalidades, pero el público no las aceptaba: sólo quería ver las películas. Pasábamos películas mudas y las sonorizábamos desde la caseta, con discos, de una forma totalmente arbitraria. Buñuel nos recomendaba películas, entre ellas *El hundimiento de la Casa Usber*, donde él mismo trabajaba como ayudante de dirección. Por aquella época empezaron las misiones pedagógicas, donde estaba Alejandro Casona y La Barraca, el teatro ambulante